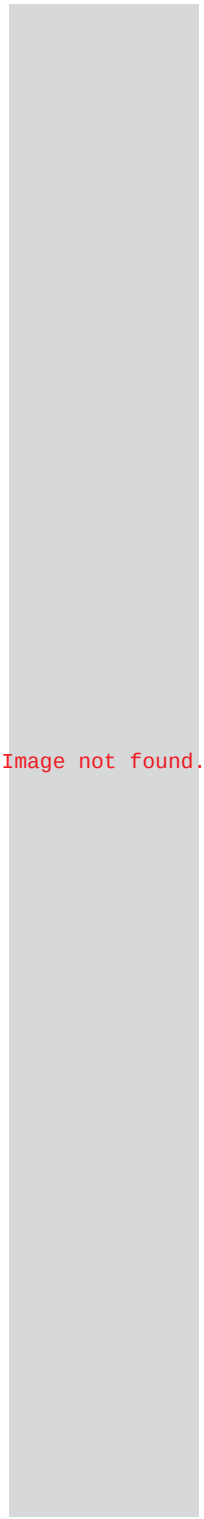
Infinito- Mario Carvajal de la Fuente

Mario Carvajal de la Fuente



Capítulo 1

¿Cómo describes lo que no puedes ver, sino sentir? De lo que solo sabes rumores. Cosas que susurran en fogatas con voz quebradiza. Que que ni el escritor más morboso y cruel se atrevería a escribir. El (que se llama así mismo Infinito, el omnipotente. Creador del asco y la súplica), no tiene preferencias. Niño, mujer u hombre. Pasa de noche, cuando descansas. Le excita verte, con el corazón a mil, la sangre burbujeando recorriendo tu cuerpo. Te aterras, por que como en las historias míticas que has escuchado desde que orinabas la cama, el aire se vuelve espeso, frío. Miras alrededor, buscando encontrar lo que no deseas. El aliento vaporoso sale de tu boca. Ves su silueta proyectada en nuestro mundo, más negra que la oscuridad, sobresaliendo entre las sombras. Te toma con sus garras ardientes y escamosas, afiladas como bisturís. Penetran tu carne, venas y huesos. Gritas que pare, pero articular es imposible. Cada arteria se consume. Algo te absorbe, te chupa, te deforma y forma otra vez. Estás solo con Infinito, en su dimensión. Como no perteneces a esta, te rechaza. Tus órganos revientan, sus restos salpican los otros. Tus huesos quiebran, las costillas se entierran en los pulmones. Escuchas la risa grave. El ser que ha vivido desde antes del tiempo. Riéndose de ti. Muestra sus ojos, lo único que veras de él. De un amarillo intenso, malvados y eternos. Se abre un hoyo en el centro de tu estómago, donde lo que resta de tus órganos es succionado por el vacío. Ves tus entrañas salir. Sientes el crujido que hacen al despegarse de ti. Cuando te deja sin nada, con los ojos sin vida. Se aburre y te engulle. Su estómago es el infinito. Donde nadaras en la nada, junto a otros cuerpos inertes por el resto del tiempo. Te preguntaras como surgen los rumores, como te enteras de las historias. A Infinito le encanta el miedo, y si no supieras que te va a pasar lo peor, no sería divertido. ¿Y quién cuenta las historias? Bueno, alguien tiene que regresar. Las leyendas no se cuentan solas.